

ÍNDICE

<i>Nota preliminar</i>	9
<i>Capítulo I.</i> Unidad y diversidad en la historia del mundo mediterráneo ..	13
<i>Capítulo II.</i> Revueltas sociales en el norte de África. Los pueblos árabes contra sus regímenes (2010-2011)	41
<i>Capítulo III.</i> Esbozo razonado de los conflictos entre España y Marruecos	59
<i>Capítulo IV.</i> Secuelas fronterizas de una vecindad accidentada	71
<i>Capítulo V.</i> Madrid-Tetuán (1931-1936). Tentación y desencanto	81
<i>Capítulo VI.</i> Memoria, enjuiciamiento e Historia. Desbrozando el camino	93

2. El mundo mediterráneo no sólo es naturaleza, sino también historia

En varios escritos sueltos sobre nuestro tema, de hoy, Paul Valéry (1871-1945) supo resumir con inspiración lo que él dio en llamar elementos esenciales de los pueblos, naciones e imperios, civilizaciones y culturas que nacieron, se desarrollaron y se disolvieron a lo largo de los siglos en el *Mare Nostrum*. Sus escritos, recogidos en obras y cuadernos varios, son referentes clásicos⁵. Comprobaremos enseguida que se trata de elementos militares y políticos, culturales y lingüísticos y que, como anunciábamos en el arranque de este ensayo, han constituido la materia prima configuradora de los rasgos y procesos unificadores de las civilizaciones mediterráneas, aunque hayan sido, también, elementos causantes de su dispersión y complejidad culturales. Ahí residiría el interés que todavía despierta la penetrante disección que Valéry hizo en su momento del asunto de marras. Nos encontramos, pues, con unos textos que en más de una ocasión han servido de fuente de inspiración a ulteriores esfuerzos intelectuales para legitimar la *unión del mundo euro-mediterráneo*, tal cual éste va a irse configurando en la segunda mitad del siglo XX⁶; muy en concreto entre 1957 y 1995, entre la firma del Tratado de Roma y la Conferencia de Barcelona.

Según Valéry, en el mundo mediterráneo nos encontraríamos con un elemento religioso —la revelación divina que recayó en Abraham—, que, sin embargo, no se limitaría estrictamente al ámbito del judaísmo, sino que se manifestaría posteriormente en el monoteísmo de Jesús de Nazaret, y, ya en el siglo VII de la era cristiana, a través de Mahoma, el Profeta por excelencia de la religión musulmana.

Las *tres religiones del Libro* (Testamento Antiguo y Nuevo de la Biblia, y el Corán) han contribuido, en rigor, a unificar el legado religioso judeo-cristiano, a través de su expansión desde Jerusalén y Roma; mientras que, desde Medina y Meca, lo ha hecho el legado religioso islámico.

El mundo mediterráneo aparece para Valéry traspasado por el soplo de la religiosidad, fuente poderosa y motivación legitimadora de la misión de los pueblos mediterráneos en su Tierra Prometida (*Eretz Israel*), en la *Civitas Dei* de Agustín de Hipona, y en el Paraíso de los creyentes musulmanes fieles a las enseñanzas del Corán.

⁵ Véase VALÉRY, Paul: *Oeuvres* (2 vols.) y *Cahiers* (2 vols.), ambas obras editadas en París: Gallimard, 1977 y 1980, respectivamente. Súmese a ello, la dirección que detentó Valéry (1933-1935) del pionero *Centre Universitaire Méditerranéen* en Niza. Este Centro fue un anticipo de la Fundación *René Seydoux*.

⁶ Remitimos a MOURLANE, Stéphane: «Malaise dans les relations franco-italiennes. Le premier colloque méditerranéen de Florence (3-6, oct., 1958)», *Mélanges de l'École Française de Rome. Italie et Méditerranée*. Roma, 2001, pp. 425-449.

El mismo Eugenio Trías, años después de Valéry (1900), escribió que «hay necesidad de pensar la religión en este fin de milenio como asunto ineludible y de primer orden en el terreno filosófico». Nuestro filósofo proponía esta necesidad para no caer en la trampa de las derivas integristas que han renacido con pujanza en las sociedades mediterráneas del siglo XX⁷. Además, añadía el filósofo catalán,

... «propuse esta línea de reflexión con el fin de corregir el modo frívolo y banal con que la tradición moderna e ilustrada ha solido situarse en relación al hecho religioso, al que ha considerado por lo general como una supervivencia que la Razón debería paulatinamente relegar hasta conseguir su plena extinción»⁸.

En esta línea de reflexión hay que situar precisamente uno de los lúcidos libros de síntesis que se deben a la pluma de Georges Corm⁹.

Hasta aquí, esta primera digresión, centrada en torno al elemento religioso en calidad de componente indisociable del mundo mediterráneo; y si se nos apura muy mucho, de su época predominantemente pagana, durante los seis siglos anteriores al primero de la era cristiana; o en el caso correspondiente, a los siglos previos al arranque de la hégira musulmana.

El segundo componente que Valéry puso de relieve en cuanto quintaesencia del conocimiento generado en el marco que aquí se privilegia, fue el físico y metafísico¹⁰ con que se dotaron a sí mismas las civilizaciones griega y árabe-islámica, para entender el mundo, crear la historia e impulsar la trascendencia. Ambas civilizaciones sobresaldrían, además, en la dimensión estética del *homo sapiens*, que llevaría a la filosofía y al arte a cimas como las alcanzadas por Aristóteles o Averroes en el orden del pensamiento filosófico; y al Partenón ateniense, o a la Alhambra de Granada en el terreno de monumentos como obras de arte irrepetibles.

Qué estas *cimas* fueran origen de ulteriores desavenencias entre escuelas filosóficas y estéticas, nos fuerza a subrayar una vez más la tendencia del mundo mediterráneo a la «división por esporas». Ello, sin embargo, no anula de ninguna

⁷ TRÍAS, Eugenio: *Pensar la religión*. Barcelona: Eds. Destino, 1997, pp. 37-38.

⁸ Véase TRÍAS, op. cit., pp. 17-18. En cuanto a las alusiones al extremismo radical en las religiones del Libro, remitimos a GARAUDY, Roger: *Los integrismos. Ensayo sobre los fundamentalismos en el mundo*. Barcelona: Ed. Gedisa, 1991, pp. 143-151.

⁹ Véase de este autor *La question religieuse au xxie siècle*. París: La Découverte, 2007; col. poche.

¹⁰ Vid. LARNAUDIE, Suzanne: *Paul Valéry et la Grèce*. París: Droz, 1992, 487 pp.

manera la función cohesionadora que en ese mundo ha jugado la naturaleza doble, e incluso múltiple, del orbe cultural que aquí se escruta¹¹.

Finalmente, el componente a no olvidar, al que también remite Valéry, fue el jurídico y político, de estirpe romana, pero que quizá sea más justamente expresado si se le adjetiva como grecorromano.

La *Polis* y la República, la Federación y el Imperio han sido para Valéry estructuradores de las sociedades nativas a partir de las que se fueron desarrollando los diferentes pueblos del *Mare Nostrum* durante casi un milenio (del siglo v a. C., o de la Atenas de Pericles, al siglo v d. C., época de las invasiones (*Völkerwanderungen*) de los territorios del imperio romano de Occidente).

Ernest Barker centró, de una vez por todas, el fondo de esta cuestión. «Durante muchos siglos, durante un milenio, la base de la vida política en el mundo mediterráneo residió en el interés político; los hombres, en consecuencia, pensaron y actuaron como si fueran «animales políticos. El Estado fue su gran cordón umbilical: la religión era tributaria y dependiente del Estado. El Estado —apostillaba el estudioso británico— podría ser una ciudad pequeña —una Atenas, rindiendo culto a Palas Atenea como si fuera su propia encarnación—; o podría ser una sociedad de grandes dimensiones —un imperio, rindiendo culto a un emperador deificado, como si éste fuera la encarnación misma de su imperialismo— ... Tal fue la esencia de la civilización grecorromana»¹².

Como ya hemos hecho en las anteriores paráfrasis de autor a la reflexión de Valéry, cierto resulta comprobar en la historia del mundo pagano, politeísta, de Grecia y Roma, que sus conquistas, tanto cívicas como militares (¿cómo explicarse la expansión territorial y la delimitación fronteriza en la Antigüedad sin contar con las legiones puestas al servicio del mantenimiento de aquellas civilizaciones?), eran portadoras de los gérmenes de su disolución final. Por ejemplo, a través del establecimiento de tiranías post-alejandrinas en el imperio helénico, o a través del pretorianismo que afligió al imperio romano desde el mandato del emperador «militarista» Septimio Severo (193-211 anno domini).

Ello no empece para que, igual que hemos visto en los componentes religiosos, físicos, metafísicos y estéticos anteriormente reseñados, también reconozca-

¹¹ Aunque antiguos —que no anticuados— la colección de los *Legados* (Oxford: Clarendon Press) sigue siendo obra de referencia. Así, en lo que concierne a Grecia, véase FINLEY, M.I. (ed.): *The Legacy of Greece*. Oxford: Clarendon Press, 1981; y con respecto al Islam, SCHACHT, J.; BOSWORTH, C.E. (eds.): *The Legacy of Islam*. 2ª ed., Oxford: Clarendon Press, 1974.

¹² Vid. «The Conception of Empire», BAYLEY, Cyril (ed.): *The Legacy of Rome*. Oxford: Clarendon Press, 1957, pp. 45-89.

mos que los de naturaleza jurídica y política hayan sido pilares de las civilizaciones nutrias del mundo mediterráneo; pudiendo comprobar, de este modo, que todos ellos han conocido fracturas, rompimientos, destrucciones, aunque tarde o temprano los «sucesores» se aplicaran a su reconstrucción, a su renacimiento. Con los siglos, el resultado final de todos los solapamientos habidos, ha terminado por convertirse en el *Palimpsesto*¹³ que es hoy el mundo mediterráneo.

3. El dilema central: ¿ha habido rupturas o solapamientos en el mundo mediterráneo? El desafío de árabes y turcos islamizados

Ha habido una marcada tendencia intelectual en el siglo pasado, y también en el decenio que ha transcurrido desde que emprendió su carrera el siglo XXI, a pensar el mundo mediterráneo en términos de arquetipos tales como «el Mediterráneo es una constante geohistórica compleja y digna de admiración como modelo civilizatorio». En este sentido, la experiencia histórica de los ochos siglos de duración que tuvo la cultura árabe-andaluza, sería el paradigma acabado y perfecto, para proponer un *modelo intangible* a partir del cual sería recuperable algo parecido en el futuro merced a la voluntad pacifista y a la planificación de políticas de cooperación. Muy en particular en coyunturas de crispación internacional en las que el componente mediterráneo árabe-islámico ha estado omnipresente en las relaciones internacionales de posguerra, tal y como éstas se han encadenado entre 1945-2009¹⁴.

Otros autores, de su género, son más escépticos en cuanto a la exaltada continuidad y armonía civilizatorias; incluso han llegado a proponer el concepto de «ruptura». Así, se ha apuntado a que en el *anno domini* 711, al iniciarse la invasión de la península Ibérica por las tropas musulmanas procedentes de Ifriquiya (Túnez), se consumó una ruptura en la trayectoria del mundo mediterráneo correspondiente a la edad antigua. Nos moveríamos, en llegando a este extremo,

¹³ Palimpsesto: «manuscrito o tablilla antiguos que conserva huellas de una escritura anterior borrada artificialmente», *Diccionario de la Lengua Española*, RAE ed, 1983.

¹⁴ No queremos pasar por alto el sugestivo *dossier* que coordinaron ILBERT, Robert; CHASTAGNERET, Gérard: «La Méditerranée. Affrontements et Dialogues», *Vingtième Siècle. Revue d'Histoire*, Paris, n° 32 (oct.-déc., 1991). Véase, p. 3: «de fait, face à cette Méditerranée présentée comme entité, trois types de réactions se dessinent: ceux pour qui elle est idéal d'équilibre, ceux pour qui elle est pure littérature, et enfin, ceux qui s'en servent parce qu'elle peut rapporter gros. Nous voilà, que nous le voulions ou non, ... entre les dures réalités de l'opposition Nord-Sud et la conscience qu'il nous faut affirmer d'une façon o d'une autre ... la richesse de notre "mer nourricière"».

en el terreno de la tesis que vertebra la obra —ya vetusta— de Henri Pirenne, a la que nos referiremos posteriormente. O bien, ¿no hubo *una* doble ruptura en el «charco» del Mediterráneo cuando fue tomada Constantinopla por los turcos otomanos en 1453; y cuando, a finales del siglo xv, en 1492, pereció por asedio cristiano el vestigio moruno de la Alhambra, sede de la dinastía *nassrí* de Granada?¹⁵.

Más allá de toda polémica —que ha sido, a veces, confusa, y, en otras ocasiones, fecunda—, está claro que la irrupción del Islam vino a cambiar el tejido social, las prácticas consuetudinarias y el marco de referencias culturales de los países ribereños herederos del desvanecido imperio romano, pero que habían sobrevivido, aunque con penurias, durante el bajo imperio, hasta el siglo vii. También nos referiremos posteriormente a los intérpretes cualificados de esta percepción fusionadora de las *cosmo* —y *socio*— *visiones* islamo-judeo-cristianas; entre cuyas autoridades figuran por derecho propio destacados miembros del arabismo español.

Francesco Gabrielli, por su parte, ha venido a sintetizar en dos fases claramente dibujadas la irrupción del factor islam en la cuenca del Mediterráneo. En palabras de este reconocido arabista italiano,

«la primera de ellas, la más importante desde nuestro punto de vista, ha proporcionado un legado que recorre toda la Edad Media y que se refiere al Islam en sus orígenes, de raigambre étnica árabe aunque penetrada por infiltraciones bereberes. La segunda, que afectó casi exclusivamente a Europa del este, cae de lleno en el período correspondiente a la Edad Moderna, y cuyo protagonista islámico es de cuño turco-otomano, representando la última oleada de conquistas que efectuaron bajo el símbolo del credo religioso musulmán en el ámbito del Mediterráneo»¹⁶.

Para Gabrielli, la primera fase cogió por sorpresa al conjunto del naciente feudalismo europeo, desprovisto de consistencia; aunque, precisamente por ello, se produjo la rica ósmosis entre las dos civilizaciones que serían denominadas *oriental*, la musulmana, y *occidental*, la cristiana.

¹⁵ Para el período musulmán de la edad media española, véase los volúmenes IV y VIII (2 tomos) de la *Historia de España/Menéndez Pidal*. Madrid: Espasa Calpe; bajo la dirección de JOVER, J. M.^a con introducciones de GARCÍA GÓMEZ, E. y VIGUERA, M.^a J.

¹⁶ Véase «Islam in the Mediterranean World», SCHACHT, J.; BOSWORTH, C.E.: *The Legacy of Islam*. Oxford: Clarendon Press, 1974, pp. 64–65.